



Cosas del Pueblo

DANIEL SÁNCHEZ GUTIÉRREZ - SECRETARIO-INTERVENTOR

Gracias, señor rector



Estimado y admirado señor rector de la Universidad de Salamanca: No tengo el gusto de conocerle sino por lo que de usted dicen los papeles, se escucha en la radio o se ve en la tele, pero he de confesarle que cuando iba esta mañana a mi trabajo y escuché en el receptor del coche el resumen de lo que dijo en el discurso de inauguración del curso académico le sentí muy cercano y me prometí que en cuanto pudiera le escribiría estas cuatro letras.

Soy funcionario, ¿sabe usted?, y en estos tiempos que vivimos en que es necesario buscar cabezas de turco a que achacarles todos los males que nos afligen y en que algunos interesados quieren confundir honesto trabajo con prebenda, es de agradecer oír una voz clara como la suya que salga en defensa de los funcionarios y empleados de la Universidad, haga reivindicación de su buen hacer día a día y añada que no consentirá demagogias ni discursos interesados a su costa.

Trabajo en un pequeño Ayuntamiento y conozco la cara de los compañeros que son la única puerta a la que puede llamar la señora **María** cuando le llega 'la fe de vida' de Suecia, que en su juventud emigró allá con el marido, y hay que descifrar el sueco para contestar que la buena mujer vive, que si no le quitan los cuatro duros de la pensión; o los papeles para hacer casar las propiedades del señor **Juan**, que enviudó y anda como chiva en garaje para poner en claro lo que el notario le pide para la testamentaría, que el buen hombre es perito en lunas y sementeras

pero no en legalismos.

Y conozco, también, la del médico que cuando llega en el invierno al consultorio tiene que tirarse su buen cuarto de hora dando saltitos para calentarse los pies, que es la única calefacción que hay un infrarrojo que tiene que enchufar él mismo para que caldee una mijaja la estancia, y luego, cuando llegan los parroquianos, atender con calma a cada cual, incluso a los que llegan para hablar, como dicen que era la consulta de ese médico tan de nuestra tierra, don **Fili**, que a algunos pacientes, ricos en años y soledades, la medicina que mejor les alivia los males es dejarles hablar de sus cosas y mirar con ternura su mirar cansado.

Y conozco, por conocer, la cara del veterinario que le ha hecho el saneamiento a las vacas del tío **Pedro** y tiene que decirle que salió 'positivo' y hay que matar a tres y, como el hombre es de sangre caliente, lo primero que le saldrá de la boca será mentar a la madre del veterinario al que personaliza como la causa de su mala suerte. Y conozco la del forestal que cuando se prende el monte corre como alma en pena y hasta escucha de algún forastero que ni que fuera suya la sierra y, piensa, el forestal, que un poco sí, que un poco es suya porque se metió al oficio de joven por su que-rencia a la naturaleza y a los bichos y con los años la afición no menguó aunque viera algún disparate fraguado en despacho capitalino. Y la del profesor de adultos que lo que quiere es solo ser maestro y pasa las mañanas dándole vueltas a como encarar al grupo

de talluditas que trocan la telenovela por ir a aprender con él de las cosas de la vida. Y conozco ..., itantas caras!

Yo creo, señor rector, que un poco a todas ellas representan sus palabras, a todos esos defensores de trabajo honesto y anónimo en defensa de los intereses públicos, que son los intereses de todos, frente a los intereses egoístas de unos pocos. En épocas de crisis hay que buscar culpables y es fácil hacer demagogia para hacer negocio. En épocas de crisis no es difícil convencer con medias verdades, que son las peores de las mentiras, de que es más barato echar a la calle a tanto 'privilegiado' y que sean empresas privadas las que se encarguen de lo que hacen éstos, que seguro que lo hacen mejor. Ya habrá tiempo, luego, de pasar la factura.

Por eso quiero darle las gracias, señor rector, porque con sus palabras sin yo conocerlo me he sentido vindicado y ha conseguido usted lo que su predecesor don **Miguel de Unamuno** cuando dijo que lo que él quería con las suyas era darse en pasto espiritual, diluirse en las almas ajenas para ser parte de ellas.

Y quiero darle las gracias, también, porque saliendo en defensa de los suyos no ha caído en el ahora tan frecuente pecado de cualquier jefecillo de mirar solo por su poltrona sin pensar en el reclinatorio de sus subordinados, haciendo bueno el dicho de mío Cid **Rui Díaz** de ¡cuan gran vasallo si hubiese un buen señor!

Gracias, señor rector, por ser buen señor y enseñar a otros como serlo. ■